



www.loqueleo.com/es

© 2017, Raquel Míguez

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-565-2

Depósito legal: M-27.719-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: septiembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Awoki y los piratas en playa Escondida

Raquel Míguez

Ilustraciones de Ana Pez

loqueleg

*A Pupi, capitán de la nave
A Sara y a Mario, los tripulantes
que llegaron del espacio*

*Mi gratitud a Suso de Seres, marino de Puerto
de Vega, que me habló de mareas,
vientos y tempestades.*

Serpientes de verano

«Según las últimas noticias llegadas a nuestra emisora, en un pueblo de pescadores de la costa norte varias personas aseguran haber visto un ovni. Al parecer, los hechos ocurrieron de madrugada y...».

—¡No, papá!

Papá apartó la mano como si la radio del coche le hubiera mordido.

—¡No lo quites, papá!

Me miró por el espejo retrovisor mientras escuchábamos la noticia:

«Todos los testigos coinciden en sus descripciones: “Era una esfera de luz... Pasó a toda velocidad por el horizonte, después se paró unos segundos, parpadeó y desapareció”...

“¡Fue como si se la hubiese tragado el mar!”...

“Yo creí que era un meteorito, brillaba como una bombilla gigante”...

Las autoridades nos informan de que los radares de la zona no detectaron la...».

10 —¿Pero a ti desde cuándo te interesan los ovnis, Manuel? —me preguntó papá—. ¿No ves que todos los veranos nos cuentan lo mismo? Siempre aparece alguien jurando que ve una luz en el horizonte...

—¿Y si fuera verdad? ¿Y si nos estuvieran invadiendo los extraterrestres?

Papá soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¡Pero, papá, en serio! Imagínate que fuera verdad.

—Manu, te digo que no...

—¡Pero imagínatelo! Imagínate que todos los veranos llega una expedición de extraterrestres a la Tierra. Imagínate que están formando un ejército y que...

—Siéntate bien, anda. —Papá cambió de emisora—. Y ponte el cinturón.

Salíamos del aparcamiento del centro comercial. Habíamos ido a comprar unas sandalias cangrejas y un bañador nuevo para mí.

—No hay tal invasión, Manuel. Lo que pasa es que en verano los políticos están de vacaciones, no hay noticias y hay que rellenar los programas.

Se había hecho de noche. Abrí la ventanilla y miré el cielo, deseando con todas mis fuerzas ver un ovni.

—A estas noticias se las llama «serpientes de verano» —añadió—. Ya lo sabes.

Sí, eso ya lo sabía. Se llaman «serpientes de verano» por Nessie, el monstruo del lago Ness. Papá me había contado que en agosto, muchas veces, los periódicos daban la noticia de que Nessie había vuelto a aparecer. Y siempre era una noticia falsa (o eso se cree la gente).

—Pues no lo entiendo, papá. Porque, aunque los políticos estén de vacaciones, no se para el mundo. Siguen pasando cosas, ¿no?, ¿por qué los periodistas tienen que inventarse las noticias?

—Cierra la ventanilla, Manuel.

—No lo entiendo.

12 A la mañana siguiente salimos de viaje hacia el pueblo de Vilma, mi abuela, la madre de mi padre. Está a cinco horas de casa y mola. Mola porque tiene mar y porque puedes ir solo a todas partes y porque es pequeño y lo cruzas de una punta a otra en monopatín y porque me dejan jugar en la calle hasta la noche... Y, además, mi abuela es genial. Huele a colonia de bebé, es mi abuela favorita y tiene un gato. Se llama Silver y cuando llego me sigue por toda la casa como si fuera un perro.

Aunque en la calle te derritas, la casa de Vilma está siempre fresca. Y nada más abrir la puerta te entra por la nariz un olor como el de las camisetas recién lavadas cuando se secan al sol y se quedan tiesas.

Las vacaciones en casa de Vilma son las mejores. Juego al fútbol con Ruth y Quinta, que son mis amigos del pueblo, y vamos a la playa y a la heladería de Annie, que hace los helados

más locos del planeta. Por ejemplo, de conguitos, sandía y espinacas, que suena asqueroso, pero está buenísimo... O de garbanzos con chocolate y acelgas, que suena asqueroso y está asqueroso.

Papá casi no habló en todo el viaje. Y solo paramos una vez. Antes, cuando todavía no había pasado lo de mamá, parábamos por lo menos dos veces: una para tomarnos un refresco y otra para comer en el campo, en algún sitio chulo lejos de la carretera. El día antes preparábamos nuestro «Menú viaje a Vilma»: ensaladilla rusa, tortilla de patatas, pimientos verdes fritos, que es una de las especialidades de mi padre, y helado de frambuesa y yogur, una de las especialidades de mamá.

Por primera vez en la vida, papá y yo hicimos el viaje solos. Nos comimos un bocadillo en la gasolinera más triste del planeta Tierra (el mío de lomo y queso, con las esquinas del queso vueltas hacia arriba) y de postre, un helado con trocitos de hielo pegados.

Llegamos a casa de Vilma por la tarde.

—¡Manuel, mi niño! ¡Qué guapo estás! ¡Cómo has crecido! Lo vas a pasar de miedo. —Entonces bajó un poco la voz, como si me fuese a contar un secreto o algo muy emocionante—. ¡Tenemos veraneantes en una de las casonas! Un matrimonio extranjero con un niño de tu edad.

14 Deje la maleta en mi habitación, cogí el monopatín y me despedí de Silver, que me había seguido hasta la puerta.

No me interesaban los vecinos nuevos, pero estaba deseando asomarme al acantilado y echar un vistazo a la Escondida, mi playa preferida. Se llama así porque está enterrada entre las dos paredes del acantilado. Siempre está vacía y es muy pequeña: si hay marea alta, solo queda un trozo de arena del tamaño de un mantel. Bueno, esto a lo mejor es un poco exagerado.

Hacía bochorno y había sonado un trueno. Pasé de largo por el parque y tampoco me apeteció acercarme al campo de fútbol. No tenía ganas de hablar con nadie. Ni siquiera con mis amigos.

Pero al llegar a las casonas oí el chirrido de una verja al abrirse. Miré hacia allí y allí estaba. Esa fue la primera vez que vi a Awoki.

Era más alto que yo, tenía los ojos grandes y el pelo negro, con unos trozos rizados y otros tiesos. Salía de la casona que me había dicho la abuela y llevaba una camiseta muy chula, con el dibujo de un mar verde.

15

Entonces cambié de opinión sobre lo de no hablar con nadie. Me acuerdo de que al acercarme a Awo empezó a oler a mar.

—¡Ahí va! ¿Eso qué es? —le pregunté al ver a su mascota—. ¡Cómo mola! Parece un mono enano... o también una rana enorme, ¿qué es?

Era un animal rarísimo. Una especie de lagarto transparente. Había asomado la cabeza por detrás de los tobillos del niño y me miraba. Tenía unos ojos enormes.

Me agaché para observarlo de cerca.

—¿Es tuyo?

Miré hacia arriba, a los ojos de Awoki, pero no me contestó.

Aquel lagarto, o mono o lo que fuera, era la mascota más chula que había visto en toda mi vida. Alargué la mano para tocarle la cabeza y él estiró una de sus patitas de delante y me agarró un dedo, fuerte, como agarraba los dedos el hermano de mi amiga Ruth, que era un bebé.

16 —¡Guau! ¡Cómo mola! ¿Qué es? ¿Una especie de lagarto con dedos?

Tenía el tamaño de una lata de refresco. Era verde como una rana y viscoso como una medusa, solo que inofensivo. Si te fijabas bien, veías su corazón verde latiendo con fuerza y la sangre corriendo a toda velocidad por sus venas.

—¿Cómo se llama?

—Aire. —Por fin el niño había dicho algo.

En realidad no sé si dijo «Aire», pero «Aire» es lo más parecido a lo que decía Awoki cuando llamaba a su mascota.

—¿Y qué es? ¿Un lagarto?

—Algo así...

Apoyé la mano abierta en el suelo y el lagarto dio un pasito adelante, y luego otro y otro. Me levanté, con él en la mano.

Pesaba menos que una salamandra.

—¿Qué come?

—Le gustan los sándwiches de queso y las manzanas.

Awo lo cogió y lo metió en su mochila.

17

—Yo soy Manuel —me presenté—. ¿Cómo te llamas?

Abrió la boca y soltó una palabra rarísima, incomprensible.

—¿Ñoqui? —Intenté repetirla.

Negó con la cabeza y volvió a pronunciar su nombre.

—¿Añoki?

Se rascó la barriga y, más despacio, repitió aquella palabra extraña.

—Awoki —acerté por fin.

Awoki asintió, aunque la verdad es que todavía no sé si de verdad se llama así o si se cansó de repetirme su nombre.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—*De muito longe.*

Hasta ese momento había hablado normal.
Con acento francés, pero en mi idioma.

—¿Eres portugués?

Se dio una palmadita en la cabeza, como las
que le da la abuela a la tele cuando se *pixela*.

18

—No —contestó.

Echamos a andar hacia el acantilado.

—¿De Brasil?

—No.

—¿De dónde?

—De Nueva Zelanda.

—Ah... Nunca he conocido a nadie de tan
lejos... ¡Mira!

Señalé delante de nosotros.

—Es el prado del acantilado, ¿ya lo conoces?
Negó con la cabeza.

—¡Pues ven! ¡Te va a molar!

Y eché a correr.

A pesar de que tenía las piernas más largas
que las mías y de que yo iba con el monopatín

debajo del brazo, llegué antes que él. Awoki caminaba dando saltitos, un poco como si flotara. Como un astronauta en la Luna.

Cuando nos acercamos, vimos a un hombre en el prado. Estaba sentado en la hierba y contemplaba las vistas con unos prismáticos. Tenía el pelo corto y tres cicatrices grandes en el cogote, como un zarpazo.

19

Al llegar nosotros, el hombre se levantó y se fue.

—Mira, esa es playa Escondida —le dije a Awoki, señalando mi sitio preferido del planeta Tierra.

Para llegar hay que bajar unas escaleras de piedra muy empinadas. Y las paredes del acantilado son tan rectas y tan altas que casi no ves la arena hasta que no llegas a los peldaños. A Ruth, a Quinta y a mí nos gusta ir a la Escondida cuando hay marea baja y se han formado piscinas de agua entre las rocas. ¡Hay una tan profunda que no haces pie! Y es genial bucear allí y buscar peces, erizos, cangrejos, estrellas

de mar... A veces tocamos las púas de los erizos con las puntas de los dedos, para ver lo que hacen... Pero nunca nos los llevamos. Si te los llevas a casa, se mueren. Los habitantes del mar solo sobreviven en el mar. Y solo mola verlos en el mar.

20 Esa mañana soplaban un poco de viento y la marea estaba baja.

—Yo estoy en casa de mi abuela, siempre paso el verano aquí —le expliqué mientras bajábamos—. ¿Tienes hermanos?

—No.

—Yo tampoco, ¿y primos?

—No.

—Yo tampoco.

Nos acercamos a la orilla.

—Yo he viajado aquí con mis padres —dijo.

En la Escondida te puedes bañar sin peligro solo si el mar está tranquilo. Y tienes que llevar puestas las cangrejeras, porque hay muchas piedras y algunas cortan, pero si no hay viento, es la playa más segura de por allí.

Me quité la camiseta y me metí en el agua.

No sé cuándo fue la primera vez que la abuela me prohibió bañarme en playa Escondida si hace viento o el mar está picado. Me ha contado historias de barcos destrozados contra el acantilado; de naufragios; de turistas perdidos para siempre después de haber bajado por esas escaleras de piedra; de un nadador olímpico al que se tragaron las olas...

21

«Nunca, nunca, nunca te bañes en la Escondida a menos que el mar esté como un plato», me repite mi abuela como diez veces o más todos los veranos.

Y nunca lo hago. Nunca me meto en el agua si hay olas. Pero ese año andaba un poco despistado... y, además, acababa de flipar con Aire. Y el primer baño de las vacaciones es el mejor y yo tenía muchas ganas de estrenar la playa.

Había empezado a lloviznar... Salté un par de olas pequeñas y, cuando llegó una grande, entré de cabeza.

El mar no estaba como un plato, precisamente, pero el agua estaba buenísima.

—¡Ven! —le grité a Awo—. ¡Está genial!

22 Nadé un rato y llamé otra vez a Awoki, que me miraba desde la orilla sin moverse. Unas cuantas olas después, la corriente me había arrastrado hacia las rocas de sierra. Sobresalen del acantilado, acaban en pico y cortan como cuchillos.

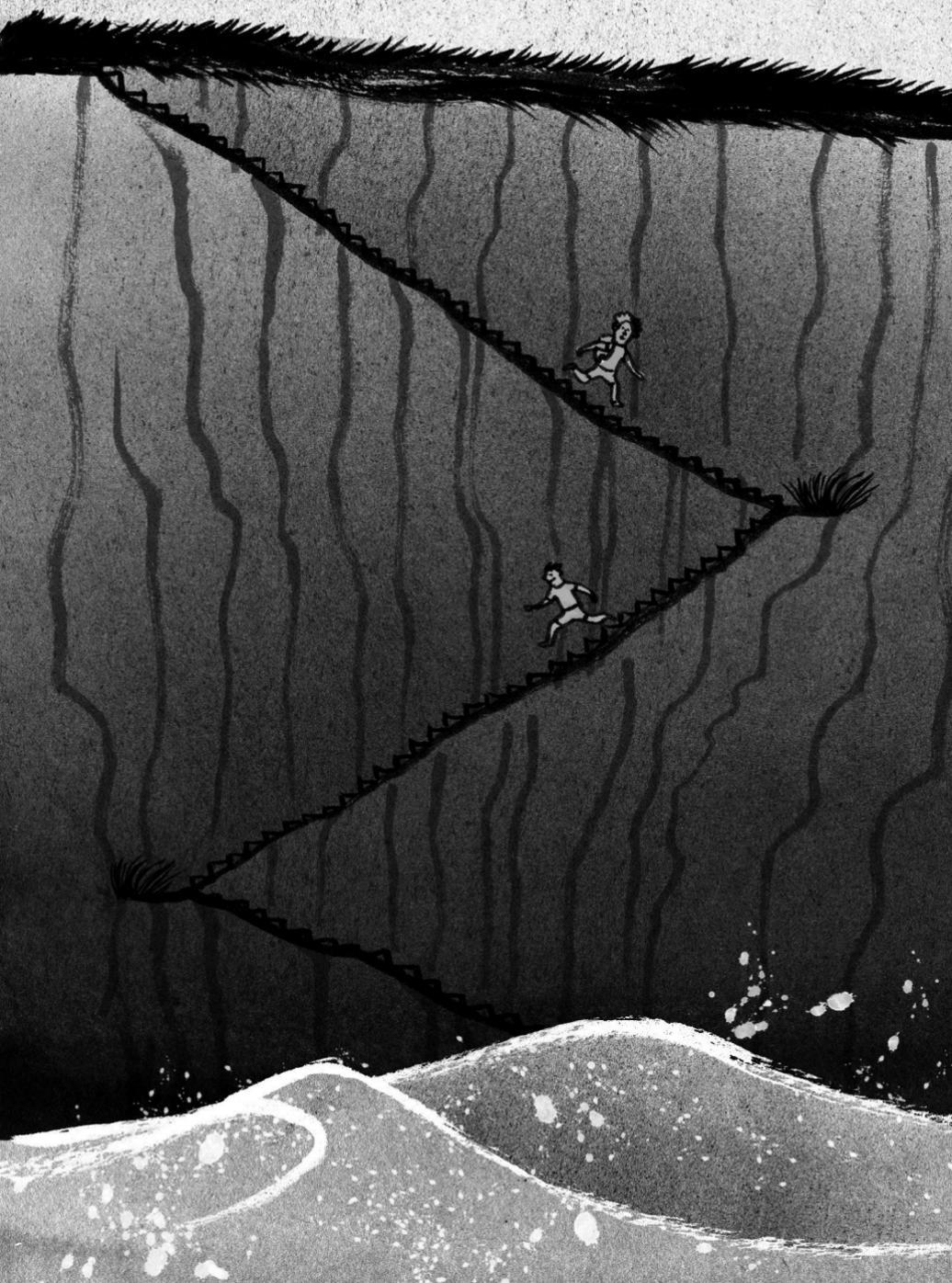
Cuando me di cuenta intenté salir, pero me enganchó una ola que me centrifugó como una lavadora a un calcetín.

No me acuerdo de lo que pasó después, solo sé que, de repente, estaba en la arena, tosiendo como un loco y escupiendo agua. Y Awoki estaba delante de mí, empapado y con cara de susto.

—¿¡Cómo has hecho eso!?! —le pregunté cuando pude hablar—. ¡Pensé que no sabías nadar!

Awoki dio un paso atrás y se sacudió como los perros, salpicando agua en todas las direcciones.

—¡Me has salvado la vida! —Me miré los brazos y las piernas. ¡No me podía creer que no tuviera ni un araño!



—*No, non ho salvato nessuno!* —Se dio una palmadita en la cabeza—. ¡Yo no he salvado a nadie!

—¿Cómo que no? ¡Te acabas de tirar a por mí!

—Pues no se lo cuentes a nadie.

—¿Eh? —Le miré como si tuviera delante a un alienígena—. ¿Por qué?

24

—Porque no —contestó molesto mientras retorció la parte de abajo de su camiseta, sin quitársela—. Mis padres me han prohibido bañarme.

Aquel niño me empezó a parecer un poco raro.

—¿¡Qué!? ¿Por qué? ¡Pero si nada de maravilla! ¿Por qué no te dejan bañarte?

—¡Júrame que no se lo dirás a nadie!

Me agarró por los hombros.

—¿Ni siquiera a mi amiga Ruth?

—¡No! —insistió, mirándome a los ojos—. A nadie-nadie, ¿eh? Si mis padres se enteran de que me he bañado, no me dejarán salir en todo el verano.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no te dejan?

Yo insistía porque no me lo podía creer. ¡Nadaba como un pez!

—¡Por favor! —Juntó las palmas de las manos.

—Vale, vale. No se lo contaré a nadie.

Nos sentamos en la arena y miramos las olas sin hablar mientras nos secábamos. Cuando el sol estaba ya a punto de meterse en el mar, Awoki se levantó y recorrió la playa hasta una cueva que hay al fondo, metida en una de las paredes del acantilado.

Me levanté de un salto y lo alcancé.

—Es la cueva de los piratas. El nombre se lo pusimos Ruth, Quinta y yo. De pequeños veníamos aquí por las tardes, con mi abuela. Merendábamos bocadillos de chocolate y jugábamos a que estábamos en una isla desierta y encontrábamos un cofre con un tesoro enterrado en la arena.

La cueva de los piratas siempre me había parecido enorme, hasta que crecí y me di cuenta

de que es un hueco donde solo caben seis o siete personas y apretujadas.

—Es chula —dijo Awoki.

El sol ya se había puesto.

—Oye, yo me tengo que marchar.

Y las nubes tapaban la luna.

—Yo también —dijo Awoki.

26

Me siguió hasta las escaleras. Antes de poner el pie en el primer peldaño, miré otra vez hacia el mar. Estaba oscuro y las olas rompían con fuerza contra la arena, una detrás de otra, cada vez más grandes... El mar, a veces, parece un monstruo.

Entonces vi las luces. Brillaban en el horizonte y se encendían y se apagaban.

Agarré a Awo por el codo.

—¡Son ellos! —El corazón me aporreaba las costillas—. ¡Los extraterrestres! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que existían!

Siempre había querido ver un ovni, pero en ese momento me empezaron los retortijones típicos de cuando me entra miedo.

Las luces tardaban unas veces más y otras menos en aparecer y desaparecer.

—¡Están intercambiando señales! —dijo Awoki, apuntando con el dedo hacia lo alto de las escaleras.

Junto a la farola que alumbraba la bajada a la playa, alguien encendía y apagaba una linterna.

—¡Hay uno arriba! —exclamé.

27

Y estuve a punto de morirme del susto.

—No, ¡mira! ¡Allí! ¡Hay un barco!

Miré otra vez al mar, en la dirección que señalaba Awoki. No eran las luces de un ovni. Salían de un barco que cabeceaba en el horizonte, entre las paredes del acantilado...

Le di un codazo a Awo y tiré de él, de vuelta a la cueva de los piratas. Desde allí podríamos ver todo lo que pasara sin peligro de que nos descubrieran.

Las luces no dejaron de encenderse y apagarse durante media hora, más o menos. Después, el barco y la sombra de la farola desaparecieron.

Esperamos un poco, antes de subir las escaleras de piedra.

—¿Qué significarían esas luces? —le pregunté a Awoki de camino a casa.

—No sé...

—A lo mejor los del barco avisaban de que habían llegado al pueblo.

28

—¿Y por qué no avisaron por teléfono?

Estábamos ya en la puerta de la casona.

—¡Seguro que traen un cargamento secreto! —le contesté en voz baja—. La policía podría interceptar la llamada, por eso usan señales de luz...

Awo abrió el portón de su jardín.

—Bueno —añadí—, en realidad es que allí no hay cobertura. Ni en la playa ni en el prado del acantilado.

—¿Y si fueran piratas? —soltó Awoki, parado junto a la verja de su casa.

—¡¡¡Piratas!!!